

¿Hacia el peligro, la pobreza y el caos?

Por ROBERTO VEIGA GONZÁLEZ

Desde hace algún tiempo conocemos a través de los medios de comunicación de la tensión entre las potencias occidentales e Irán, ese país persa del Medio Oriente. El detonante principal del conflicto radica en el polémico programa nuclear de Irán. Estados Unidos, Francia, y otros países, están negados a que esa nación continúe enriqueciendo uranio pues ello, dan por sentado, será utilizado para fabricar armas nucleares.

El Departamento de Estado estadounidense argumenta su negativa asegurando que Irán es el mayor patrocinador estatal del terrorismo y apoya a grupos militantes involucrados en diferentes conflictos regionales, incluido el palestino-israelí. Además, asegura que de alcanzar tal poderío intimidaría a sus países vecinos y neutralizaría a toda Europa.

Parece que puede ser cierto, quizá Irán pretende erigirse en una potencia en su región. La evolución de la situación a partir del derrocamiento de los regímenes del Talibán en Afganistán y de Saddam Hussein en Irak, ambos enemigos de Irán, ha abierto una ventana de oportunidades para este último país. Su principal objetivo a mediano plazo puede ser adquirir la capacidad de rediseñar el mapa geopolítico del Medio Oriente, para tal vez luego avanzar a largo plazo hacia la creación de una gran nación islámica.



Mahmud Ahmadineyad, presidente de Irán.

Ante tal perspectiva, el presidente Bush ha afirmado que no tolerará el desarrollo del armamento nuclear iraní. Y el director del Mossad comentó recientemente que las armas nucleares iraníes representan, por primera vez, una amenaza para Israel.

Sin embargo, las opciones israelíes para contrarrestar la amenaza nuclear de Irán son limitadas. Si Israel se decidiera a actuar solo, se enfrentaría a un reto enorme. Además, los objetivos se encuentran muy bien protegidos (algunos incluso en profundas instalaciones subterráneas) y no es probable que Turquía, Arabia Saudí o Jordania permitieran a Israel sobrevolar su espacio aéreo. Por otro lado, si Israel utilizara la ruta de Jordania hacia Irán, Estados Unidos se vería obligado a permitirle sobrevolar el espacio aéreo iraquí, lo cual sería considerado como una complicidad estadounidense en dicho ataque.

También preocupa a Estados Unidos la relación que Irán cultiva en América Latina. La administración estadounidense considera que Irán desea pagarle con la misma moneda al pretender importar al territorio latinoamericano (región muy cercana a Estados Unidos) el conflicto del Medio Oriente y la disputa con Irán, ambos conflictos –según la opinión iraní– alimentados por Norteamérica.

Muchos analistas consideran que, en su estrategia para con América Latina, Irán busca apoyo para defenderse de las demandas de Estados Unidos y Europa con el objetivo de que detenga su programa nuclear. Igualmente, opinan, desea contraatacar a Estados Unidos en su propio continente, apoyando a grupos antinorteamericanos y amenazando con desestabilizar a gobiernos afines a Washington, para poder negociar con la Casa Blanca desde una posición de mayor fuerza. También sostienen que la popularidad interna del presidente de Irán está decayendo, y probablemente necesite que la televisión de su país lo muestre siendo recibido como un héroe en otros países.

En fin, todo un conjunto de argumentos posiblemente validos pero que son, a su vez, los mismos empleados por quienes apoyan a Irán. Estos últimos argumentan acerca de por qué este país no puede, al igual que otros muchos –entre los cuales se encuentran algunos de los Estados que lo impugnan– poseer este recurso con fines civiles, y en última instancia por qué no puede hasta tener armas nucleares, si muchos países –entre los cuales igualmente se encuentran algunos de los Estados que lo impugnan– la poseen.

Sus defensores también consideran que quienes se oponen a Irán no deben argumentar acerca de la influencia que este país pueda pretender en otros lugares del mundo para buscar apoyo y colaborar con grupos antinorteamericanos. Sostienen, además, que esa es precisamente la conducta de quienes acusan al país persa, aunque por supuesto, en la dirección opuesta. Y lo hacen como diciendo: ¿qué moral pueden tener para condenar a otros por lo mismo que ustedes hacen continuamente?

Cualquier persona del occidente del mundo, lugar geográfico y cultural al cual pertenecemos, puede sentirse inclinada a valorar políticamente correcto el empeño de impedir que Irán desarrolle sus posibilidades nucleares y se mantenga lo más neutralizada posible en cuanto a vínculos internacionales, dado el conflicto –muy peligroso– que actualmente se vive entre occidente y los musulmanes fundamentalistas. Conflicto que, en mi opinión, es hoy estimulado por ambas partes, pero sobre el cual tiene mucha

responsabilidad histórica la parte occidental. Sin embargo, la política no puede estar desvinculada de la ética (y esto nos obliga a modificar la opinión), pues de lo contrario el mundo sería una selva y no una comunidad humana.

En tal sentido, si tuviéramos en cuenta la ética para determinar nuestras inclinaciones políticas, entonces podríamos sentirnos obligados a aceptar que Irán se haga fuerte con el arma nuclear, se pueda vincular con todos los países del mundo e influya en contra de sus enemigos políticos y estratégicos, pues esas son las conductas que muchas veces le aprobamos al occidente, nuestro mundo, por supuesto que no por malos sino en busca de la seguridad hemisférica. ¿Por qué lo que en unos es moral en otros no va a ser ético?

Claro, si en verdad tuviéramos en cuenta la ética (o sea, la conducta encaminada al bien general e integral) para determinar nuestras inclinaciones políticas, no sería esta la actitud a asumir. Si tuviéramos en cuenta la ética desaprobaríamos la tenencia y uso de armas nucleares, así como toda gestión encaminada a desestabilizar a otros –pues todo esto atenta contra del bien-. Y se lo tendríamos que desaprobamos a todos, tanto a orientales como a occidentales.

Nuestra preferencia política, para ser verdaderamente ética, debe tener la intención de sentar las bases para la paz y la convivencia, tanto local como mundial. Esto, como es lógico, exige una nueva política internacional, sin ingenuidades, pero signada por el desarme, la confianza y el diálogo.



Mahmud Ahmadinejad junto al presidente de Nicaragua, Daniel Ortega.

¿Será efectiva una política de este tipo para con Irán y toda la realidad musulmana? En mi opinión, aunque ha sido mucho el escarnio hacia ellos y su religión posee fuertes estímulos para la violencia y el terrorismo, sí es posible –por supuesto: con sabiduría y paciencia.

Por otro lado, también sería bueno preguntarse si las potencias occidentales serán capaces de una política de ese estilo. Según mi criterio, es muy difícil que se pueda alcanzar de inmediato esa nueva conducta, pues occidente padece una crisis de alta política. La actual gestión pública-internacional está muy lejos de ese ideal, es sustentada en la convicción del beneficio propio, aunque para lograrlo sea necesario someter o aniquilar al otro.

Esto, enfatizo, debe preocupar a toda persona responsable, pues si la situación entre occidente e Irán no se encamina por senderos sabios y diplomáticos, conducirá –de seguro- a una nueva guerra, con todas sus nefastas consecuencias, y/o a un mayor descrédito de Estados Unidos y Europa, colocando al mundo cada vez más ante el peligro, la pobreza y el caos.